

Des-Guionadas: Co-construcción de diálogos entre familias y profesionales

Karina Guerschberg, Gustavo Rubinowicz

Co-autoras: Milagros Albornoz Orfila, Laura, Rosana, Ángeles, Susana, Licia, Mónica, Gladys, Alicia, Azucena, Ana María, Cristina, Graciela, Liliana, Patricia.

Buenos Aires, Argentina

Resumen

Se relata la experiencia de un grupo terapéutico de apoyo a madres de personas adultas con discapacidad intelectual, enmarcado en los servicios brindados por un Centro de Día. Este grupo en principio se reúne cada semana en torno a una compartida y determinada definición de un problema: el cuidado de hijos/as adultas con grandes necesidades de apoyo y cómo, mediado por una intervención profesional que busca no reproducir situaciones de opresión, se produce lo que consideramos un giro epistemológico a partir del cual estas mujeres pueden analizar críticamente el recorrido por el sistema médico, y sus incumplidas promesas de rehabilitación; donde han sido y son estigmatizadas y su opinión devaluada a priori, como parte de una práctica de injusticia testimonial. Abandonando toda idea de "cura" o "solución" y revalorizando los conocimientos locales se busca la complementariedad entre profesionales y familias. Se co-construyen diálogos que permiten la revisión de conceptos como la construcción social de la discapacidad, la medicalización de la vida de las PCD y la feminización del cuidado propiciando un espacio donde se puede ofrecer resistencia a estos relatos, ver a los/as hijos/as como sujetos de derechos, que pueden tomar decisiones y no responder al imaginario capacitista. Surgen nuevas ideas sobre el cuidado y sobre cómo los hijos (y las madres) "hacen para hacer sus vidas". No decimos que han sido víctimas y dejaron de serlo por nuestra intervención, sino que en el devenir del grupo se han ampliado las posibilidades de repensar la vida y construir nuevos relatos.

Este artículo no es "sobre las madres", ni sobre "ser madres de discapacitados", sino reflexiones sobre cómo los profesionales podemos asistir/apoyar a las personas y las familias en sus búsquedas de tener mejores vidas, en la dirección que elijan.

Palabras clave: *discapacidad intelectual, diálogos colaborativos, grupo terapéutico, injusticia epistémica, conocimientos locales.*

Un grupo terapéutico

Nuestra intervención profesional se desarrolla en un Centro de Día que presta servicios a personas adultas con discapacidad intelectual y extensas necesidades de apoyo. La mayor parte de las personas con las que trabajamos presenta una o varias de las siguientes situaciones: carencia de lenguaje expresivo esperable para la edad adulta, vocabulario reducido con déficit en la estructura gramatical, utilización de palabras poco comprensibles, organización alterada de la estructura, señas, gestos, sonidos guturales, señalamiento de pictos o imágenes, dibujar o escribir algunas palabras con las mismas dificultad que las enunciadas. Tienen entre 30 y 50 años y requieren además, apoyo tanto para las actividades básicas como instrumentales. Nos referimos a actividades básicas en tanto la definición de AVD: actividades orientadas al cuidado del propio cuerpo, y las instrumentales como aquellas relacionadas con las AIVD: actividades orientadas a la interacción

con el entorno. (Rogers & Holm. 1994 en AOTA 2014) de la vida diaria, y apoyo a la conducta, que usualmente es brindado por sus cuidadoras, en general madres, que tienen entre 60 y 85 años.

La sobrecarga física y mental que implica esta tarea para las cuidadoras a lo largo de los años y sin horizonte de finalización, es uno de los factores que deterioran la calidad de vida del grupo familiar, de las cuidadoras y de las personas con discapacidad. Se suma, en esta etapa vital, la aparición de otras situaciones de salud, en todos los integrantes de la familia. En función de esta diada de cuidado, entendemos que no es posible atender a nuestros/a usuarios/as como sujetos aislados. El interés institucional está puesto en la observación de cómo funciona todo el sistema, y el objetivo es generar apoyos que tengan en cuenta esta situación.

Como una de las formas de colaborar con las familias, se propuso la organización de un grupo “para madres”. En principio se diseña para ellas dado que son las que tienen más contacto con la institución, están más acostumbradas a ser convocadas en relación al cuidado de sus hijos/as, a compartir sus experiencias, y sostienen la mayor carga del cuidado. Dentro de la propuesta institucional coexisten también grupos de padres (varones) y hermanos/as, que difieren principalmente en la frecuencia de encuentro, pero que no serán objeto del presente trabajo.

Redefiniendo el problema

El grupo se crea en torno a una definición de problema: las ideas sobre el cuidado de los/as hijos/as. La propuesta es generar un espacio dialógico, entendido como lo hace Morado (2017) “una forma relacional que abarca la interacción entre la palabra ajena y la propia, en un proceso de delimitación o de esclarecimiento posicional recíproco”. Se convoca a estas mujeres a conversar, sin una idea previa y nosotros, como equipo profesional, vivimos ese momento de encuentro “desde dentro”, aportando un “saber desde” sin ningún intento normalizador de cada uno de los discursos. Son convocadas a un espacio que les permita salirse, si lo hubiese, de los discursos domesticados e intentar comenzar a transitar un modo novedoso de su propio relato. Lo novedoso no es lo que los terapeutas podamos decir sino el espacio que se otorga a nuevos modos de decir lo ya dicho infinitamente sobre “la discapacidad de su hijo y las vivencias de la familia”.

En las primeras reuniones aparecieron relatos de la construcción de la discapacidad con fuerte impronta del modelo médico/rehabilitador: quién y cuándo les dio un diagnóstico, o la falta del mismo, explicaciones extensas sobre problemas físicos contados con terminología médica, descripción de medicaciones que incluyen nombres de drogas y dosis. Parece que hablar de los hijos/as es hablar de la historia clínica.

Observamos cómo estas historias se vuelven dominantes en la vida de las familias y al ser muy restrictivas excluyen otros aspectos de la experiencia vital y conducen a conclusiones negativas y limitantes sobre la identidad. La “historia de la discapacidad” es un relato saturado de problemas (White & Epston, 1993) con sentimientos de desesperanza, frustración y angustia, que impide otros relatos. Parte del objetivo del grupo es promover la aparición de historias alternativas al relato oficial binario sobre “ser discapacitado” o “madre de”, donde la experiencia incluya otros momentos de la vida, y la presencia de estos hijos exceda la situación de discapacidad, con la firme convicción que tanto ellas como sus hijos son mucho más que “discapacitados” y que son esas historias, las de ser personas, las que necesitan emerger.

Cuando estamos en el diálogo no esperamos ni buscamos “resultados” sino estar en el momento, en la conversación. Buscamos entender lo que ellas quieren que entendamos, de la mejor forma posible. Acercarnos a sus historias con curiosidad, pero también con respeto, sabiéndonos a la vez anfitriones e invitados (Anderson, 2007).

Este texto fue enviado para su consideración al grupo de madres y realizamos un encuentro específico para discutirlo. A lo largo del texto iremos intercalando con este formato (itálica y sangría) comentarios de ellas.

“Lo que a mi me había llamado la atención era esto de ser invitados a la reunión. Si bien uno tiene claro que son ustedes los que convocan, me ha pasado en varias ocasiones, que me pareció que la reunión era nuestra y que ustedes van cambiando de lugar. Como que ustedes están escuchando y los invitamos a pasar...otras veces los sentí a la par, están adentro también del tema que se está hablando y otras veces los ubiqué en el lugar de anfitriones”

Creamos este espacio de encuentro pero a la vez, entramos en sus historias, en sus vidas, con el cuidado que corresponde a esta postura de de No-Saber (Anderson, 1992). Nada sabemos ni pretendemos conocer sobre la vida de estas mujeres, porque estamos abandonando las pretensiones de ser expertos “sobre la discapacidad” que traemos de la formación universitaria específica y del recorrido profesional previo en instituciones dentro del modelo rehabilitatorio. El espacio institucional ofrecido es un espacio dialógico, donde se alojan todo tipo de vivencias respecto a lo que ellas sienten. La “forma” de ese ofrecimiento promueve la aparición de otras experiencias, donde en vez de un “trauma único” se pueda construir una red de nuevas conceptualizaciones sobre lo que significa la discapacidad, ampliando o modificando lo que piensan sobre sus hijos, especialmente en esta etapa vital donde están siendo personas adultas mayores y donde saben que los cambios prometidos por el sistema médico/hegemónico ya no ocurrirán. Intentamos salirnos de los patrones micropolíticos dominantes asignados tanto para los usuarios, sus familias y los profesionales.

Poner a disposición un modo de diálogo sobre estos temas, contribuye a modificar relatos sobre lo que ellas piensan acerca de las conductas que sus hijos tienen y seguirán teniendo a lo largo de la vida.

Desarrollo de la experiencia grupal

Este grupo tiene casi 3 años de existencia, y ha transitado por diversos momentos que hemos identificado como: libro de quejas, escuchar sin juzgar, y salirse del guión.

En la primera etapa, las reuniones estaban teñidas por los relatos de la historia clínica, a los que nos referimos anteriormente; por quejas respecto de la situación de sus hijos/as, o sobre los servicios recibidos. La intervención profesional consistió en ir construyendo una nueva forma de escucha, marcada por el respeto a todas las opiniones, centrándose en prestar atención y entender lo que cada persona expresa, sin buscar dar soluciones, aunque si ser responsivos, es decir, estar al servicio de lo que se dice en ese momento, “estar en” . Shotter describe esta cualidad de responder como espontánea debido a que se forma dentro del momento presente, dentro del flujo dinámico de la conversación, de acuerdo a “lo que la ocasión llama, y de la manera en que lo

llama”, una receptividad relacional donde la conversación “es dinámica y las opiniones y sentimientos se entretajan a lo largo de la ‘brecha’ entre nosotros ... uniéndonos a través de respuestas que son creadas y hechas a la medida de esa instancia particular...” (2006, p.53).

Consideramos que este primer movimiento, de constituir una forma particular de escucha, es una de las claves porque produce un cambio en la lógica de la comunicación del grupo, donde lo que se dice ya no espera una resolución y se comienza a confiar en que es posible expresar lo que uno piensa o siente sin que sea juzgado. Esta forma de interacción es inusual, por lo que requiere tiempo para que se convierta en la cultura del grupo. Es la creación de una nueva forma de dialogar.

“Una cosa muy importante de lo que se ha conseguido con el grupo es que están todos los micrófonos abiertos (al momento de escribir este artículo estamos transitando la pandemia de Covid 19 y las reuniones se están realizando vía videoconferencia) y nadie interrumpe cuando se habla. Éramos madres que no se conocían prácticamente y se ha creado esa afinidad donde incluso armamos un grupo de chat. A veces nos quejamos de los chat, pero este es tan respetuoso como las reuniones. Se ha hecho una comunidad de mamás más allá de Senderos y de ustedes. No siempre me ha pasado, he estado en otros grupos de madres y no era así. Se ha establecido afecto y respeto entre las mamás. Me parece muy interesante esto que ha pasado”.

Del relato clínico y/o épico de la “maternidad especial” podemos empezar a transitar un espacio seguro donde se pueden decir otras cosas, que tienen “peor prensa”, como el cansancio, el hastío, incluso expresar que el amor que se siente por ese hijo/a no es ni incondicional ni constante o es posible preguntarse por la existencia de ese amor. Y la mirada de las otras sostiene, acompaña, no juzga.

“siendo ustedes los profesionales, se corren para poder aprender de nosotras. De entrar en la familia de cada una, en la vida de cada una. Poder escuchar a una madre decir que está harta y que nadie la juzgue...puedo decir lo que quiera y hasta puedo no decir. Puedo respetar a la mamá que está hablando. El apoyo que se da no es desde la lástima sino es una contención incluso en el silencio”

“En este grupo nos reúnen vivencias comunes, pero hay una apertura que deriva hacia otras experiencias humanas, personales.... hay lugar para lo emocional, para la filosofía. No tienen límites aunque esté centrado en la experiencia de “ser madre especial” y me ha resultado interesante cuestionar “lo especial” y mirar a nuestros hijos como personas, que además tienen discapacidad. Ver las diferencias como compartidas por todos los seres humanos y no poner “lo especial” en ellos”

La colaboración profesional consiste en escuchar con atención estos relatos, sin condicionar lo que cada persona quiere contar o cómo quiere contarlo. Para esto a veces es necesario hacer silencio, y otras hacer preguntas. Se necesitan herramientas diversas para que esto ocurra, para que puedan convivir las voces y los silencios de todas las madres.

“Es un espacio contenido, donde ustedes son guías... o arqueros... a veces les tiramos penales, y a veces ustedes atajan, otras veces la dejan pasar, pero están ahí” “Se valora también el silencio. Nadie tiene la respuesta pero sentís que te van a entender”

Se requiere prestar atención constantemente a los tonos, gesticulaciones y expresiones orales de cada una. Conviven lo actual y lo pasado. Historias de superación y relatos de nuevas enfermedades, también de muerte. Y nosotros “allí estamos”, atentos a que nadie “se caiga del bote”.

“En este grupo genuinamente nos escuchamos. Si no se entiende, se insiste o se espera pero siempre se busca escuchar realmente para entender. Lo que cada una puede aportar puede servir más o menos, pero lo que sirve es ser escuchado”

“Yo siento que acá puedo decir lo que no me animo a decir en otros lados. Sé que no es opinar por opinar, quien dice realmente siente lo que va a decir. Creo que va más allá de que tenemos un problema en común, me parece que trasciende eso. Yo realmente me sorprende cada día”

Para que cada palabra sea escuchada, nuestros aportes son gestuales (hacer o evitar gestos) o silenciosos, connotaciones positivas, preguntas que pretenden abrir caminos (Tomm, 1987) que apuntan a favorecer que la persona siga hablando, o a ampliar o desarrollar sentidos, a convocar otras voces (qué dicen hermanos, padres, amigas). Nunca preguntas sobre detalles cuyo objetivo sea favorecer una curiosidad que entendemos morbosa. Nos es imposible describir en qué momento o frente a qué situación elegimos una u otra de estas alternativas. Esas decisiones están motivadas por la postura ética y filosófica de la escucha que señalamos antes, y por eso suceden “dentro de la conversación” y no pueden ser planificadas previamente. Se necesita además estar atentos a nuestros diálogos internos.

Consideramos que las representaciones sociales sobre la discapacidad generan un estigma sobre las familias, y especialmente sobre las madres provocando una falta en los recursos de interpretación colectivos que les limita la comprensión de sus propias experiencias, situación que Fricker denomina como injusticia hermenéutica (2017, pp. 17-18). El mundo profesional desvaloriza y coloniza los discursos con los que se relatan las vidas de estas familias. Como consecuencia se dan también situaciones de injusticia testimonial, que implica que quien escucha (profesional en este caso) da poca credibilidad al relato de la madre, de forma estructural y sistemática. Por eso son usuales dentro del campo de la discapacidad frases como “bastante bien está el pibe para la familia que tiene”, o “ya sabemos como son las madres de los discapacitados”. La conjugación de estas dos situaciones configura una injusticia epistémica donde alguien resulta “agraviado específicamente en su capacidad como sujeto de conocimiento.” [2017, p. 45] No se considera que tengan saberes, ni sobre sus hijo/as (por eso se les prescriben comportamientos) ni sobre otros temas. Creemos que es contra esta injusticia que necesitamos prácticas justas, centradas en el diálogo.

“Lo que me da placer es tener profesionales que saben del tema y buscan aprender desde la práctica y no desde el libro. En general el profesional se pone a dirigir desde la letra fría del libro y menosprecia la posición de la mamá. Sin embargo ustedes se ponen en una posición de escuchar las experiencias de tantos años de ser madres. En general no sucede que el profesional acepta como válida la palabra de una mamá”.

“Hay respeto por la palabra que va circulando, lo que se dice tiene peso, trascendencia. Cada reunión deja una marca y uno se queda pensando...”

Saliendo del guión

Donde en un primer momento la colaboración profesional apuntó a establecer una forma de dialogar, comenzamos a transitar una nueva etapa donde compartimos en pie de igualdad nuestros saberes profesionales y teóricos, proponiendo lecturas y discutiendo abiertamente nuestras reflexiones e ideas sobre ellas y sus hijo/as, así como nuestros propósitos respecto al devenir del grupo. Se van develando las diversas capas de la vida de estas mujeres que utilizan este espacio para reconectarse con intereses, ideas, proyectos, saberes. Como profesionales, reforzamos nuestra idea del no-saber sobre sus vidas. Y como dice Anderson “al escuchar éticamente, no nos esforzamos por cambiar al otro, sino que nos permitimos a nosotros mismos ser influenciados por ellos”

Dejamos entonces de estar restringidos por ese guión (nosotros sobre cómo ser “profesionales” y ellas cómo ser “madres”) y aparece el suficiente aire como para que nuevas historias entren en escena. Hay lugar para el humor, para lo cotidiano y especialmente para lo novedoso. Y para la construcción de una nueva forma de colaboración.

Consideramos entonces que la intervención terapéutica en este grupo es un giro epistemológico porque viene a resistirse a las construcciones sociales de la discapacidad y las relaciones de poder donde los profesionales usualmente ven a las familias de una forma epistémicamente injusta desvalorizando y estigmatizando a priori lo que tienen para decir.

Planificación de las reuniones

Existe un momento nodal en esta experiencia. Cuando finaliza un encuentro, los coordinadores nos quedamos conversando y reflexionando sobre las sensaciones, la experiencia que cada uno ha tenido respecto a su actuación. ¿Hemos estado a la altura de las circunstancias?, ¿hemos podido comprender y colaborar con el grupo y con cada una de las madres que han participado?, ¿es necesario que nos conectemos con alguna persona a lo largo de la semana por algún sufrimiento particular? Necesitamos especificar que no nos quedamos hablando “sobre las madres” o sus historias, ni hacemos hipótesis o análisis sobre lo dicho. A veces es necesario hacer un esfuerzo para no caer en la tentación, especialmente cuando los temas que se traen son más atractivos. En este ejercicio de reflexión se garantiza el bienestar de todo lo que va sucediendo en el grupo, porque condensa la fuerza de lo que acaba de ocurrir. Reflexionamos sobre nuestra actuación en función del objetivo, promover el diálogo, y aparecen las primeras ideas para la próxima reunión. En algunas circunstancias son las propias madres las que proponen “el próximo tema”.

Terminadas todas y cada una de las reuniones y mientras nosotros reflexionamos, comienzan a llegarnos whatsapp con las repercusiones. Algunas son de agradecimiento, otras son reflexiones de lo experimentado, emoticones de alegría, o fuerza. Por eso hablamos de condensación. Emociones entretejidas que permiten salirse del relato encarcelatorio favoreciendo el novedoso.

“Parece que somos mamás de una personalidad que no permitiríamos la domesticación”

Un grupo muy exigente

Como mencionamos antes, trabajamos con “las cartas sobre la mesa”. Y el grupo comienza a demandar cada vez más de nuestra creatividad y reflexión. Recurrimos a textos teóricos, literatura,

series de televisión, música, cuadros, con el objetivo de incorporar elementos lo suficientemente novedosos para generar nuevos diálogos.

Lo que me gusta y por eso me entusiasma mucho cuando mandan textos, es que creo que tenemos que tener un espacio para dejar de hablar de nuestros hijos. Creo que también está bueno que charlemos de otras cosas, que aprendamos de textos, que demos opiniones, que hagamos trabajar la cabeza y que somos mujeres que tenemos cosas dentro nuestro más allá de la discapacidad.

Pero el relato mítico de la discapacidad tienen tal fuerza gravitatoria que donde generamos demasiada incomodidad o poco estímulo, regresa y nos toma la reunión como rehén.

La poesía incluso ha tenido su espacio, pero no desde nuestra propuesta sino desde la producción de Laura, una de las madres del grupo, quien construyó un texto con las palabras de sus compañeras, como siguiendo lo pensado por White y Epston (1989) de los documentos terapéuticos. El lenguaje poético como “un acto de resistencia a las concepciones establecidas y a las limitaciones sociales” (Kristeva, 1974).

Ellas dicen

En la reunión del 3/08/2020 preguntamos qué les parecía el funcionamiento del grupo y si había algo que podíamos hacer diferente. En la reunión siguiente ofrecimos enviar este trabajo a quienes quisieran leer y colaborar. Organizamos además una sesión especial para discutir el artículo. Esta es nuestra forma de investigar en la práctica (Guerschberg, Rubinowicz, 2019) y de co-construir el conocimiento. Fuimos intercalando dentro del texto, a modo de citas, algunas de sus palabras. Otras las transcribimos a continuación. Como en cualquier edición, lo que queda fuera no es por menos valioso y nos sentimos comprometidos con cada palabra, las que incluimos y las que no.

“Creo que falta decir lo que estamos viviendo. Una pandemia donde por Zoom logramos llegar a comunicarnos, vernos, sentir que estamos juntas salir del aislamiento. Lograr que estén en nuestras casas ya no estamos en soledad. Poder hablar con otra persona que además comparte una experiencia similar”

“El relato que leí sobre “la reunión de madres” refleja además de un gran profesionalismo, un profundo conocimiento de las familias de personas con discapacidad y un gran respeto por la opinión de las madres, cosa muy poco frecuente en otros grupos en los que he participado. Comparto totalmente lo que se dice en cuanto a sentirse escuchado y no juzgado. También me gustó el poner notas de humor para aliviar temas dolorosos y respetar los silencios”

“La palabra que me surge es comunión. Hay una unión y comulgamos todos lo mismo, siendo un grupo de madres tan distintas es una unión que hemos logrado de respetar, escuchar. Aún en el disenso.”

“Pienso que ustedes quieren generar un cambio con lo que están haciendo. Es un grupo que no es común. Yo no conozco muchas madres jóvenes con hijos con discapacidad que sean niños. El único contacto es en las redes sociales. Y yo digo esas madres, esas familias... será igual a como lo pasamos nosotros? será el mismo modelo, será rehabilitatorio?”

Conclusiones conjuntas

Nuestra conclusión es una obviedad, pero lamentablemente no tanto. Estas mujeres son mucho más que “madres”. Sus hijos/as están en situación de discapacidad y no hay posibilidad de que esto deje de suceder. El modelo social, que implica que la discapacidad es una interacción entre la sociedad y las barreras no alcanza para explicar ni las dificultades, ni el dolor, ni el esfuerzo que el cuidado y apoyo supone. Los modelos de rehabilitación tampoco han aportado, ya que bajo la promesa de la normalización (explícita o no) hacen que las familias dediquen su vida a los tratamientos, y se postergue para un después que no llega.

A lo largo de este texto hemos elegido no utilizar definiciones teóricas sobre cuestiones que hemos descrito, como la decisión de priorizar el relato y la co-construcción realizada entre profesionales y madres. Por eso no incorporamos la definición de “feminización de cuidado” cuando hablamos de cómo son las madres las que cuidan, ni identificamos específicamente “capacitismo” al relatar la representación social de las personas con discapacidad. Pero todas estas ideas forman parte de nuestro acervo teórico, y está presente en nosotros mientras intervenimos en el grupo, porque la postura del No-Saber es sobre la vida de cada persona, no sobre cuestiones teóricas que influyen en la vida de todos. Tomamos en este texto una postura similar a la que intentamos en el grupo.

Este texto no tiene un final porque esperamos sea fuente de nuevos diálogos.

Bibliografía

- Anderson, H., & Goolishian, H. (1995). El cliente es el experto: un enfoque de la terapia del NO saber. *Sistemas familiares*, 11(3), 9-21.
- Anderson, H., & Goolishian, H. (1992). The client is the expert: A not-knowing approach to therapy. *Therapy as social construction*, 25-39.
- Anderson, H. (2007). The heart and spirit of collaborative therapy: The philosophical stance—“A way of being” in relationship and conversation. *Collaborative therapy: Relationships and conversations that make a difference*, 43-59.
- Fricke, M. (2017). *Injusticia epistémica*. Herder Editorial.
- Guerschberg, K., & Rubinowicz, G. (2019). Presas de una rehabilitación que no pidieron| Preys of a rehabilitation who did not ask. *Revista Española de Discapacidad*, 7(1), 111-132.
- Kristeva, J. (1974). *La révolution du langage poétique: l'avant-garde à la fin du XIXe siècle*, Lautréamont et Mallarmé. Editorial Seuil.
- Morado, M. (2017). *Interacciones comunicativas escolares desde una perspectiva dialógica*. American Occupational Therapy Association. (2014). *Occupational therapy practice framework: Domain and process*.
- Shotter, J. (2006). *Understanding process from within: An argument for ‘witness’-thinking*. Organization Studies.
- Tomm, Karl. (1987): 'Interventive interviewing: II. Reflexive questioning as a means to enable self-healing', *Family Process*, 26, 167-183.
- White, M. & Epston, D. (1989) *Literate means to therapeutic ends*. Adelaide, Australia: Dulwich

Texto de Laura

Mi suegro contaba de un mozo de bar de ruta, que cuando no tenían algo de lo que pedían los clientes respondía: “hay, pero no queda”.

Mucho más esperanzador que el más conocido “es lo que hay”.

En este relato hay otras mujeres que ese lunes no pudieron entrar y quedarse a conversar, por eso este grupo no es sólo lo que queda sino todo lo que hay.

Dice Moni, hay vida y muerte como el jazmín tiene en sí lo blanco y lo amarillo; hay culpa y disculpa en lo que señala Cris de sus buenas intenciones luego pisoteadas como hongos por la impaciencia; hay libertad de elegir en la represión según Alicia que ha preferido dejar encerrada la angustia para poder salir sin recaer. También hay quien ama y quien no corresponde como Raimundo y Leo, según lo mira Rosana a través de esa preciosa anécdota de María Alejandra frente al espejo ensayando una y otra vez el amor en la palabra Apo. Hay unión y separación en el análisis de Graciela cuando Leo le hace la palmadita a Raimundo: - “todavía se te nota el acento humano”.

Para Licia hay una secuencia vital en caer y levantarse, y de su experiencia rescata estar atentos, no para impedir caídas, sino para aprovechar deslizarse sin tropiezos el tiempo que esto dure. Parece una lección de esquí, eso que se hace en los Alpes.

Susana se desvela porque hay en ella luz pero, aún con tal claridad, se enfrenta con zonas de sombra y, aunque cada vez un poco más se conforme con el helado de chocolate y un bizcochito, desea entender por amor franciscano eso de ponerse en el otro lugar.

Ángeles busca y encuentra algún día de gloria en el que los ojos de Charly se encienden el doble y los dos se tienden al sol del atardecer.

Ana María, Azucena y Liliana eligen la mirada que participa en la conversación como silencio y sigue más allá de la charla en el pensar la vida del personaje de Cortázar.

Mili dice de su vida en Senderos donde ella es hilo por donde las palabras enteras, a medias, a letra, a grito, a gesto completo o desenfocado; se le cuelgan y usan de trampolín, de montaña nevada, de lomo de gato, de escalinata o de espejo. Un hilo como cuerda de guitarra donde la comunicación rasguea hasta que puede soltarse y rodar, deslizarse y vibrar, saltar y reflejarse para tomar envión y disparar; fuera del apoyo del hilo, lejos y sin necesidad de ser descifradas.

Gustavo no lee a Cortázar, es psicólogo y su madre sí lo leía, o sea Karina ni te gastes. Sin embargo es notable como en Gustavo juegan el humor con la seriedad del compromiso. Algo que se parece a Cortázar. Hay que contarle a Gustavo que las madres hacen a los hijos también con lo que leen.

Y Karina, “la Karina” dice ¿y si pensamos que no entender no es un problema?.

Pienso en todo lo que respondería a esa pregunta si me la hiciese alguien. Ni respuesta, un divino portazo, bien sonoro y despachado.

Pero es Karina y entonces sí, me quedo pensando ¿y si no es un problema? porque hay grandes probabilidades de que no lo sea y como en el cuento es que ya no sabemos dónde estamos.

Nota del autor:

Karina Guerschberg
karinaguers@gmail.com

Gustavo Rubinowicz
grubinowicz@yahoo.com.ar

Co-autoras:

Milagros Albornoz Orfila
m.alborfila@gmail.com

Laura, Rosana, Ángeles, Susana, Licia, Mónica, Gladys, Alicia, Azucena, Ana María, Cristina, Graciela, Liliana, y Patricia.

Senderos del Sembrador
Buenos Aires, Argentina